1993

La fauna apagada

1

Tiene pocos recuerdos de esa época, muy pocos, por décadas ha puesto sus recursos en convertirse en otra persona. Una parte de ella ha tenido que desaparecer, esconderse bajo múltiples capas. La mañana en la que llegó al pueblo aferrada a la mano huesuda de su madre, una lluvia maldita las mojó con ganas. El agua le pareció fea, hedionda. No se distinguían las nubes del cielo, como en su país. Un hombre escuálido y de barba rala orinó en la esquina de las escaleras que subían desde la estación hacia la calle, a vista y paciencia de todo el mundo, y el chorro espeso, casi café, se mezcló con el agua sucia que caía del techo. Qué lugar tan horrible, pensó en ese momento. Apretó la mano que la arrastraba con fuerza. ¿Cómo llegaron ahí si ninguna hablaba el idioma? ¿Cómo lograron ir desde el aeropuerto en la capital, llegar a la estación de trenes, comprar un boleto y encontrar el andén correspondiente? No recuerda si alguien las ayudó. Y no ha vuelto a preguntar, después de todos estos años le parece poco probable que su madre lo recuerde. La gente en esa tierra le pareció descolorida, cansada, olían a queso añejo y detergente para platos. Esperaron juntas en la parada de autobuses a que llegara su padre. A ese hombre solo lo conocía por fotos. Miraba las imágenes durante horas y con los años el papel se había ido poniendo amarillo. Su abuela y sus tíos contaban historias de él en la mesa, mientras reían y sacaban trozos de carne con los palillos. Nunca fue tan

consciente de la forma de la mano de su madre como ese día en la parada del autobús: la longitud de las falanges, la temperatura de la piel, la suavidad que le daba el aceite de coco con el que se untaba por las mañanas. Le pareció que esperaron durante horas. ¿Tenía ese hombre conciencia del tiempo? ¿Por qué las dejó ahí, bajo la lluvia? El borracho junto a la escalera dejó de mear y se acomodó los pantalones. Si ahora tuviese que trazar un mapa, volver hacia atrás, ordenar los hitos y marcarlos con un alfiler o un plumón, seguramente elegiría este momento. De niña mirando de reojo la orina oscura —tal vez el hombre sufría de los riñones— mezclarse con la lluvia, el sonido apurado del cierre del pantalón, la colilla aterrizando junto a la basura a un lado de los rieles y ellas, en silencio, aferradas de la mano en un país que no conocen esperando a un hombre que no han visto en años. El borracho les mostró una sonrisa de dientes chuecos y se limpió la boca con la manga de la chaqueta. Después tosió sin parar. 4 de marzo de 1993. Mai Linh tiene buena memoria para las fechas y los números. Alguna vez pensó en ser economista o contadora. La gente necesita contadores, sobre todo en los países ricos. A veces, por las noches, cuando no puede dormir, abre el *notebook* y busca la entrada del pueblo en Wikipedia. Los datos tranquilizan, son tablas de las que te puedes afirmar para seguir flotando. La última vez que chequeó, no llegaba a los cuatro mil habitantes.

Un lugar de mierda.

Si cierra los ojos, recuerda el rostro molusco de su madre de joven, tan joven. Faltaban solo minutos para terminar con cinco años de espera, sostenidos apenas por cartas escuálidas que llegaban con suerte una vez al mes. Incluso de niña había sospechado que las misivas le parecían a su madre estrechas y secas, desprovistas del calor y romance que anhelaba. Su madre era una gran lectora de revistas, periódicos, novelas. Tenía una imaginación intranquila y por las noches, cuando Mai Linh no podía dormir, se sentaba en el borde de la cama a contarle historias de parientes lejanos, primos y tíos a los que ella nunca había visto, que vivían en otras ciudades. Le hablaba también del *saola*, el mamífero más raro del mundo, que vivía escondido en los bosques de las montañas Annamitas y que ella había visto una mañana antes de que saliera el sol. Mai Linh comprendería con los años que su madre era una gran conversadora, una mujer apasionada por el mundo, pero que para su desgracia tenía una concepción novelesca y algo idiota del amor.

Esa tarde, mientras esperaban, Mai Linh se concentró en la espuma gris que se aconchaba en la intersección, junto a la parada de buses. Hojas secas, colillas de cigarrillos y latas de cerveza aplastadas tapaban la rejilla de la canaleta. Nadie se había molestado en limpiar la calle. En su país, la lluvia era más amable. Comenzaba siempre con el redoble distante de los truenos y el aire tibio que sacudía las hojas de los plátanos; luego venía el rumor perezoso del agua cayendo sobre el techo y formando pequeños riachuelos que crecían arrastrando la gravilla hacia el fondo del patio

en desnivel. En la casa familiar podía oír la lluvia con las piernas cruzadas sobre un cojín amarillo. Desde el corredor techado sentía el trajinar de la abuela revolviendo los tiestos en la cocina y minutos después llegaba el olor del ajo, las chalotas y el jengibre friéndose. El aroma se extendía por la casa, y Mai Linh disfrutaba al escuchar el crepitar de la carne de cerdo recién cortada aterrizando sobre la sartén. Se le hacía agua la boca pensando en las limas, el perejil, los trocitos de maní que después se llevaría a la boca chupándose los dedos.

Su madre se lo podría haber explicado con palabras simples. Ella no era estúpida, incluso a esa edad, habría entendido de inmediato. Durante años le guardó un profundo rencor. Debería haberle explicado. Debería haberla protegido. En vez de eso la llevó a ciegas a un lugar horrible donde los borrachos meaban con confianza en las esquinas y después escupían junto a sus zapatos lustrados. La mañana en que se fueron su madre la sacó de la cama al amanecer y ella se vistió como si fuese un día cualquiera. Ni la ropa, ni los gestos de los adultos, ni lo que comieron en el desayuno le dieron a Mai Linh el menor indicio de que esa mañana era diferente de las demás. La abuela y los tíos tampoco le advirtieron que partiría lejos y por eso se deshizo rápido del abrazo de la vieja junto a la puerta, estaba segura de que volvería a verla por la tarde, como todos los días. Ni siquiera se molestó en mirar la casa una última vez antes de subirse al taxi. No tenía cómo saber que ese auto las llevaría directo al aeropuerto donde tomarían un avión y la sentarían junto a la

ventana con el cinturón apretándole el ombligo. Fue la primera y única vez que vio su país desde el aire: un pulmón verde y desbordado. Trató de buscar la casa de la abuela entre la vegetación, pero no la encontró, era una isla en medio de la selva que año a año iba creciendo, como si se fuese a tragar no solo la casa sino también el pueblo. El paisaje parecía de juguete. A doce mil metros de altura, mujeres de sonrisas comerciales vestidas de uniforme azul le trajeron gaseosas azucaradas y después del tercer botellín se durmió acurrucada frente a una bandeja plástica con restos de pollo y arroz.

2

No quiere levantarse temprano, no quiere ir al colegio, no se acostumbra a tener una habitación para ella sola, a dormir en una cama alta y sin el cuerpo raquítico de su madre a un costado. Les ha dicho a sus padres que quiere un hermano, porque la nueva casa y sus proporciones le incomodan y ellos ríen cada vez que lo repite. Teme a los espacios desocupados, desconfía de las ventanas dobles que se abren con palancas, tampoco se acostumbra al frío cuando se aleja a unos metros del radiador. Por las noches los ronquidos de su padre le llegan a través de las paredes acompañados del rumor del televisor encendido en un idioma que recién comienza a comprender. El olor de su progenitor le parece extraño, una mezcla de humedad, jabón y aceite de freír. Ojalá pudiera volver donde la abuela. Ojalá pudiese juntar los talones tres veces como la rubia esa de los zapatos rojos. Hubiese querido que su padre le regalara un libro de animales. Un libro que explicara qué hacen los tres en ese lugar horrible. En el pueblo los autos recorren las calles asfaltadas y las personas tienen los ojos azules y redondos como piscinas de hotel. Mai Linh nunca ha estado en uno, pero los conoce por las revistas y folletos que a veces utilizan para recortar en clase. Esas piscinas son de color calipso, parecen no tener fondo; enormes como Neptuno, el octavo planeta. La gente tan pálida le causa una mezcla de sospecha y curiosidad. Los niños en su clase tienen el pelo fino, parecen desnutridos. Cada mañana los

ojos de piscina la siguen sin pestañear desde las ventanas, mientras ella avanza los trescientos cincuenta metros que separan su casa en Bäckerstraße Nº40 de la *Grundschule*. Sus zapatos son viejos, alguien se los ha regalado al padre en el trabajo, la suela está descosida y por ahí entran el frío y el agua. La mochila está vacía porque aún no le compran los libros, pero siente como si acarrease ladrillos. Dorothy, así se llama la rubia esa, quiere los zapatos mágicos de Dorothy. *There's no place like home*. La abuela sí podría apaciguar el hambre que la atormenta por las mañanas. Le prepararía una sopa o un plato de rollitos de cerdo y verduras. El hambre se siente como un pozo sin agua, un pozo de varios kilómetros de profundidad que llega hasta el centro de la Tierra. Es una tormenta sin lluvia, de viento y relámpagos. Ninguna de las mujeres que encuentra en las revistas para recortar en la clase de arte, ni tampoco los veintiocho niños de su clase tienen una cara que se parezca a la de ella.

En la casa continua vive Frau Krüger.

Frau Krüger riega las hortensias a las siete de la mañana en punto, la manguera en la mano derecha, en la otra una taza grande de café negro y un cigarrillo bailando confuso entre los labios. *Guten Morgen meine Liebe,* dice al verla salir con los ojos entrecerrados y la mochila vacía en la espalda. *Trinkst du Kaffee, mein Schatz?* Hasta el día de hoy el olor a café quemado le recuerda el rostro arrugado y amable de su antigua vecina. *Hello, Frau Krüger. Hallo, nicht Hello, mein Schatz.* Frau Krüger tiene ojos de piscina, pero Mai Linh ahí sí puede ver el fondo, tan cerca y crista-

lino, una moneda brillante que podría sacar con la mano si quisiera y apoyar contra su pecho. *Ein wunderschöner Morgen, meine Liebe. Wunderschöner,* repite Mai Linh saboreando las letras, imitando las formas que toman los labios arrugados de la mujer, que le repite otra vez que la «ö» se dice «œ». La anciana canturrea moviendo la manguera, Mai Linh ve sus piernas asomarse por debajo de la falda, sembradas de várices gordas como lombrices. Frau Krüger es despistada, se moja los zapatos con el agua de la manguera, pero no parece importarle. Los vellos claros en su cara se ven a contraluz. *Komm komm, mein Schatz.* ¿Necesitas ayuda con tus tareas después del colegio? *Nein danke, Frau Krüger. Nicht heute.* Del bolsillo de su delantal Frau Krüger extrae un puñado de pan viejo que lanza a las urracas y ellas la siguen a saltitos por el jardín.

Leche, crema, queso, yogurt. El estómago de Mai Linh tiene vida propia, no se queda quieto y no le permite dormir. A veces tiene que levantarse en mitad de la noche para ir al baño. Sentarse en la taza hasta desaguarse por dentro. Tiembla en la oscuridad. El radiador está frío y teme encenderlo. Se echa una toalla en la espalda. No quiere prender la luz y despertar a sus padres, pero le cuesta cagar cuando apagan la calefacción. Tiene el pijama arremolinado en torno a los tobillos, la carne de gallina: suda frío. Otras noches sucede lo contrario, se siente pesada, es imposible evacuar, nada sale, capas geológicas de comida, la mierda le alcanza la parte de atrás de la garganta. En clase aprende los nombres de las partes del cuerpo:

Kopf, Arm, Bein. Hay dos palabras para eso que le duele: *Magen* (estómago) y *Bauch* (barriga). Trata de entender las diferencias. Mai Linh engulle *Brezel* con mantequilla, pastas rellenas, bizcochos con crema, otro pedazo de *Roggen-Vollkornbrot*. Sándwiches preparados de la panadería de la esquina, *Wurstsalat* envasada del supermercado. Sus padres no están en casa. Cuando no hay comida preparada en el refrigerador le dejan un poco de dinero que se gasta en salchichas, jamones, *Kartoffelsalat*. Patés rectangulares de *Leberwurst* con mermelada y jalea sabor frutos del bosque que come directamente del frasco. Su padre trabaja en la fábrica de bicicletas, su madre trapea la mierda de los perros en la consulta veterinaria. Por las noches se sientan ambos exhaustos en el sofá a mirar televisión en un idioma que no entienden. Ya no hay historias de parientes lejanos ni de animales en el bosque. Ya no hay aceite friendo verduras salvo muy tarde, cuando ya tiene sueño y pocas ganas de comer. Las noches en este país son silenciosas, piensa Mai Linh, no se oyen los grillos. La fauna apagada. Su hambre nunca se acaba, saca los paquetes del refrigerador, rompe los sellos, come directamente del envase con una cuchara. Esta comida le parece sosa, no se come con palillos. Sus padres no hablan, no se tocan entre ellos; son también dos sacos inertes de carne encerrados en sus respectivos envases. La madre cocina cada vez menos, el padre se queja en voz alta, se lo saca en cara. En ese momento no le parece extraño, es lo único que conoce porque todavía no ha empezado a leer. La vida es mucho, muchísimo más insa-

tisfactoria que la ficción, le dirá la madre años después. Acostúmbrate lo más pronto que puedas. Los pocos libros que hay en casa son novelas, su madre los ha traído desde Vietnam. En el transcurso de los años los leerá tantas veces que las páginas se pondrán blandas, los caracteres deformados bajo la presión de los dedos. En esta nueva casa nadie remueve con alegría los potes en la cocina. No hay tiempo para eso. Pan, pan, pan; jamón, queso y mantequilla. Una lámina gruesa de mortadela y una cucharada de mermelada. Pepinillos de tarro. Coles encurtidas. Mai Linh eructa en clase sin parar, los niños se ríen de ella a carcajadas, la llaman *Schweinchen*, cerdita. Levanta la mano y pide permiso para ir al baño. *Ich brauche die Toilette*. Yo necesito el baño. *Ich muss auf die Toilette*, la corrige la profesora. Yo tengo (que ir) al baño. La rusa y la polaca que se sientan junto a ella la miran con asco y se ríen más fuerte que los demás. El contacto de sus muslos con el borde de la taza dentro del cubículo le hiela las tripas. Se frota los ojos, le hormiguean las extremidades, tiene el cuerpo borracho de pan. Te vamos a llevar al matadero, cerdita, canturrean los niños en el patio a la hora del recreo. El calor de la sala de clases la asquea, quiere pedir que abran las ventanas, no sabe cómo, todavía no aprende las preposiciones y no sabe si es ventana *zu* o ventana *auf*. Su tracto digestivo expulsa el aire cargado de lactosa y levadura, dos cosas a las que su pequeño cuerpo no está acostumbrado, una sinfonía de flatulencias que da pie a risas explosivas y una lluvia de bolitas de papel mojadas de saliva disparadas desde los tubos de lapiceras

plásticas. *Du bist keine Person. Du bist kein Mensch.* Mai Linh es muy consciente de que ahora también huele como ellos.

Un fin de semana toman el bus y luego el tren y luego otro bus para terminar en un pueblo que se ve exactamente igual al del que salieron tres horas antes: construcciones de un piso con perritos de loza blanca instalados en el alféizar de las ventanas al lado de floreros reventando de rosas plásticas. Antejardines con césped muy verde y gnomos de cerámica vigilando entre las flores. Tulipanes, lavandas, magnolios, gardenias: Mai Linh no conoce el nombre de las plantas ni de los animales, no tiene vocabulario para relacionarse con el mundo en el que habita y por eso guarda silencio. Cuando aprende una palabra nueva la repite muchas veces intentando memorizarla, tiene miedo de que se le escape, la anota en un cuaderno o en un papel. Listas enormes de palabras que lee antes de irse a dormir por las noches.

La casa a la que llega con sus padres queda en una esquina, es de color blanco y tiene las ventanas cubiertas con visillos, como todas las de la cuadra. Un detalle le llama la atención de inmediato y sonríe por primera vez desde que se despidió de Frau Krüger por la mañana. En la esquina, colgado del techo, hay un farolillo de seda rojo balanceándose al viento como una mano amiga que se agita dando la bienvenida. El padre toca el timbre, la puerta se abre y de la casa sale una niña como ella con el pelo recogido en dos gruesas trenzas negras que brillan al sol. No hay ojos de piscina, sino de almendras rasgados que sonríen al

mismo tiempo que la boca. Una familia como la de ella, que podría freír trozos de cerdo a fuego fuerte con lima y cebollín. Uf, menos mal. Menos mal que no es la única niña vietnamita en este país de gente silenciosa y diluida. No la conoce y ya siente deseos de abrazarla.

¿Cómo se llama esta niña, papá?

Durante la visita la madre aguarda en su caparazón, aprieta los labios hasta que la boca desaparece de su cara. Ahora, de adulta, Mai Linh lo ve con claridad, la rabia que iba hirviendo de a poco en su interior, alimentada por el cansancio y las promesas incumplidas, los sueños abandonados al otro lado del mar. Apenas come, mueve la carne de aquí para allá sobre la superficie del plato, mira la pared a través de los comensales. Los fideos de arroz se enfrían, los vegetales languidecen en salsas cristalinas bajo la luz artificial. El padre bebe una lata de cerveza tras otra, echado hacia atrás, ajeno a todo excepto al cigarrillo que está por encender. Habla de la fábrica, de los compañeros que le ayudan a practicar alemán. Ríe fuerte junto a su anfitrión, se dan palmaditas en la espalda el uno al otro como si hubiesen ganado un premio. El padre se ha desabrochado el primer botón del pantalón. Habla de lo bien que han comido, de lo mucho que le hacía falta comida de verdad, propone que jueguen a las cartas. La pequeña anfitriona lleva a Mai Linh de la mano a un rincón apartado. Jugaremos a las muñecas, declara. Mai Linh tiene sueño, ha tomado dos platos de sopa y doble ración de carne, se le cierran los ojos, preferiría tumbarse en el sofá. Alguien enciende la

radio, no entiende lo que dice la canción, pero no le importa. Algún día podrá atrapar todas las palabras, hacerlas suyas y dominarlas. La niña vuelve con sus muñecas, son rubias y tienen ojos de piscina que también la miran sin pestañear. ¿No es bonita?, dice la chica acercándole una. Yo quiero ser así de rubia. ¿Por qué?, pregunta Mai Linh. ¿Eres tonta o qué? Son más bonitas, eso todo el mundo lo sabe. Mai Linh deja la muñeca en el suelo. No son bonitas. ¿O sea que tú no quieres ser rubia? Mai Linh guarda silencio, es algo que no había considerado antes: ser rubia, tener ojos de piscina, oler naturalmente a pan con queso y mantequilla. Mentirosa. ¿Qué quieres, acaso? ¿Ser castaña? ¿Pelirroja? No quiero ser nada, responde Mai Linh. Estoy bien así. La otra se encoge de hombros. No te creo. Lo que no dice Mai Linh es que ella quiere tener los zapatos mágicos de Dorothy y volver a Vietnam, directo a los dedos arrugados de la abuela, a los olores de su cocina, a la lluvia formando riachuelos sobre la gravilla del patio. Si yo pudiera, declara la otra, convencida, me arrancaría esta cara. A mí me gustaría ser como ellos.